

blemente seré salvo. Digámosle en fin: Señora y Madre mía, yo no merezco por mis culpas que vos seáis mi Madre, pero arrepentido y confuso acudo á vuestra misericordia, y para mas obligaros quiero deciros una y mil veces: *Dios te salve, Reina y Madre de misericordia.*

25. *Devocion á esta Madre de misericordia.*—En la historia del judío Ratisbone hallarás una devocion verdadera á esta Madre de misericordia. Era un jóven en la flor de su edad, hermoso cuál cándida azucena, rico en sí mismo y por una fortuna inmensa que habia heredado de un tío suyo, saludado por todos los placeres y diversiones que se le ofrecian á porfia, y viajando por Europa con la sola idea de saber y gozar. Habiendo entrado en cierta iglesia, no por devocion alguna, sino por cierto compromiso, de un modo puramente mundano y con todo el odio que tienen los judíos á los cristianos, de repente se vió arrebatado. . . y vió á la Santísima Virgen María segun como está en la medalla milagrosa. Y á la manera que Saulo, cuando en el camino de Damasco se le presentó Jesucristo, que mudándole instantánea y dulcemente el corazon le obligó á decir: *Señor, qué quereis que haga;* así Ratisbone, asaltado por la aparicion de María Santísima, lo convirtió en un momento: dejó de ser judío, y en un instante quedó trasformado en un fidelísimo devoto suyo. A vista de tanta misericordia, abandonó el mundo, entró en una de las religiones mas ajustadas, y con el mayor fervor trabajaba en hacerse santo. Así de un modo tan práctico debes ser devoto de esta Madre de misericordia.

CAPITULO V.

VIDA.

26. *María es nuestra vida.*—Yo no sabré decirte, lector carísimo, todo cuanto tiene de grandioso y excelente la devotísima oracion de la Salve. Nos presenta á *María* saludada por todos los cristianos que convertidos en otras tantas lenguas le dicen, *Dios te salve:* grandiosa idea que es la mas apropiada para indicarnos lo que es *María* en sí misma, y que con relacion á nosotros ella es nuestra Madre. Nos presenta á *María* con el único título de Reina universal de los cielos y de la tierra, y poniendo en juego á toda la Trinidad, coronándola el Padre con la diadema del poder, el Hijo con la corona de su sabiduría, y el Espíritu Santo con la inmensidad de su amor. Nos presenta á *María* como Madre, ejerciendo en favor nuestro todos los oficios de la mas solícita y tierna de las madres: á *María* amando todas las criaturas del Criador, todos los redimidos del Redentor y todos los justos del Santificador, y á *María*, amando de tal suerte á todos los pecadores que ya no aman el pecado, que se les constituye y declara su propia Madre. ¡Y qué no basta todo esto? ¡Estos títulos no son suficientes para robarnos el corazon! Pero como en esta oracion no solo se trata de lo que nosotros necesitamos, sí que tambien de las excelencias de tan gran Señora; por esto para darla á conocer mejor, la veremos con el bellissimo dictado de *Vida*, como si dijéramos, que aquella misma

María es de tal suerte nuestra reina y nuestra Madre y Madre de misericordia, que es igualmente nuestra *Vida*. ¡Qué alabanza puede compararse con esta alabanza! Las dos instituciones principales de San Vicente de Paul, á saber: las Hermanas de la Caridad y la Congregacion de la Mision, estaban en 1830 casi dando el último suspiro, á consecuencia de una revolucion que tuvo por principal objeto destruir toda órden religiosa. Mas aconteció que en la época á que nos referimos, quiso *María* manifestar una vez más que ella era nuestra *Vida*, porque habiéndose aparecido á una novicia de las Hermanas de la Caridad, y habiéndole hecho completa entrega de la medalla, con razon apellidada poco despues la Milagrosa, comenzó dicha comunidad desde aquel instante á salir de sus agonías mortales: resucitó de hecho: todas las hermanas sentian como renovarse en el espíritu, multitud de vocaciones querian gozar de su observancia, y adquirió una vida tan fuerte y robusta, que ha presentado en la iglesia de Dios un hecho tan magnífico y grandioso, que segun la expresion de Pio IX, *no se encuentra igual en los anales de la Iglesia*. Desde entonces aumentó su noviciado tan extraordinariamente, que solo en el Seminario de Paris, es decir, en aquel mismo noviciado en donde se apareció la Santísima Virgen, en solo tres meses han llegado á entrar mas de quinientas novicias, sin contar con una multitud de noviciados en otras naciones, pero que salieron de la casa-madre. De este hecho se siguió, como por consecuencia, la resurreccion de la Congregacion de la Mision, porque desde aquella feliz época se reunieron los pocos miembros que vagaban dispersos por efecto de la revolucion, comenzaron la restauracion de la Compañía, se revistieron del espíritu primitivo que los caracteriza, y actualmente cuenta la casa-madre un personal de doscientos indi-

viduos, sin contar una multitud de fundaciones que salieron de su seno. De este hecho, en fin, vino naturalmente la resurreccion de todas las grandes obras del Santo; y en nuestros dias las Conferencias de hombres y Asociacion de las señoras de la caridad, ambas fundadas por San Vicente de Paul, como dice el Papa Pio IX, se encuentran en un estado tan floreciente que nunca se habia visto semejante. ¡Tan cierto es que *María* es nuestra vida!

27. *Porque nos conserva la vida del cuerpo*.— Aunque esencialmente uno es el que conserva todas las cosas, pero *María* por gracia y privilegio nos conserva la vida del cuerpo. Porque si como dice Santiago, el pecado es de tal naturaleza que en el mismo momento que está consentido ocasiona la muerte, resulta que habiendo pecado nuestros primeros padres, al instante habian de morir; y esta muerte era la amenaza que Dios les habia hecho. Pecaron: ¿y por qué no se siguió la muerte de los culpables inmediatamente? No hay otro por qué que *María*, el grande amor que Dios profesaba á *María*: de manera que podemos afirmar, que por *María* no fueron arrojados al infierno como los ángeles culpables, y por *María* fueron esperados con la misericordia, ya que esta misma *María* se la indicó Dios al asegurarles, que de una mujer naciera el que habia de quebrantar la cabeza de la serpiente. Por respeto á *María* se conservó el género humano; por respeto á *María* hubo aquellos santos que llamaba la Escritura los hijos de Dios; por respeto á *María* se reservó el Señor un Noé salvándole en el arca, cuando un diluvio acababa con toda carne corrompida; por amor á *María* hubo los Patriarcas, los Profetas y Santos Sacerdotes, y por respeto á *María* se concedieron todas las gracias y misericordias del Antiguo testamento: tan cierto es que *María* es nuestra vida, porque nos con-

serva la vida del cuerpo! El pecado es lo mismo hoy que en los antiguos tiempos, con la notable diferencia que ahora tiene un no sé qué de mas ingratitud y monstruosidad. Pues ahora bien: ¿por qué tenemos vida habiendo pecado? ¿Cuántos pecados de pensamiento, de palabra y de obra? ¿Y por qué aun vivimos? ¿Por qué la tierra no se abre á nuestros piés y nos traga en sus entrañas? ¿Por qué el cielo no se convierte todo en centellas para herirnos de muerte? ¿Por qué la mejor comida no se torna en el veneno mas activo? No hay otro por qué, que la proteccion de *María*: tan clara cosa es que *María es nuestra vida*.

28. *Porque nos conserva la vida del alma.*—A la manera que el alma, lector carísimo, es la vida del cuerpo, así la gracia es la vida del alma: y así como separándose el alma del cuerpo ya no es el cuerpo de un hombre, sino un hediondo cadáver; así separándose la gracia del alma, ya no está destinada para el cielo, sino para sufrir las terribles consecuencias del infierno. ¡Infeliz el alma que no tiene la gracia! porque en medio de su inmortalidad tiene la mas horrorosa muerte, que le hará morir eternamente en medio de infinitos é inmensos suplicios; y esta alma es aquel hombre misterioso que segun el Apocalipsis tenia el nombre de vivo, pero en realidad era ya muerto. ¿Y quién nos librará de esta muerte tan cierta como desconocida en la apariencia? *María*, la poderosa y omnipotente *María*: ella es la que por medio de su intercesion nos alcanzará la gracia y con ella nos dará la vida. Es tanto lo que hace esta augusta Madre de Dios en favor de sus devotos, que acudir á *María* es lo mismo que hallar la gracia; porque escrito está, que el que honra á *María* hallará la gracia, la salud verdadera de su alma y la eterna vida en la patria celestial. ¡Oh *María*! Oh raptora de los corazones! ¡Oh la mas bella de las

criaturas! ¡Oh augusta Madre del Criador! ¡Oh inmaculada y divina *María*! ¡Qué diré de tí, oh Madre mia? Nada quiero decir, porque todo está asegurado, afirmado que tú eres la vida de tus devotos.

Segun cierto testimonio de la Escritura Sagrada, podriamos decir, que habiendo *María* hallado la gracia, debió hallar necesariamente la que nosotros habiamos perdido, y por tanto que restituyéndonosla, nos da la vida. Este momento tan solemne, es el de la Encarnacion: al menos en este feliz instante le anunció el ángel que habia hallado la gracia delante del Señor. ¡Mas qué gracia podria hallar *María* si no fuese la nuestra? Ella jamas la perdió, ella siempre estuvo llena de gracia, y ella, segun el testimonio del mismo ángel, siempre la multiplicó extraordinariamente: luego esta gracia que *María* halló, es la gracia que perdieron los pecadores, y de un modo especial la gracia que nosotros perdimos por la culpa. ¡Ah, qué consecuencias tan dulces y consoladoras! Si *María* halló nuestra gracia hemos de acudir á ella porque Dios la puso en el mundo para que sea nuestra defensa, la constituyó la medianera entre Jesucristo y los hombres, y para que viendo las llagas que nos causara la culpa, luego acudiese al médico celestial y acabara con curarlas perfectamente, restituyéndonos de este modo la verdadera vida. ¡Qué consuelo! *María*, habiendo hallado nuestra gracia, queda constituida la verdadera vida aun de los mas miserables, alcanzándoles el perdon de todas sus culpas. ¡Oh si á fuer de grandes pecadores supiéramos saludar agradecidos á nuestra querida Madre! Es la mística escala que nos deparó la Providencia para subir á la gloria; es la Madre de Dios y afortunadamente la Madre nuestra; es como un místico cielo que nos recuerda la patria celestial; es el perfectísimo tabernáculo de Dios colocado en medio de los

hombres; es la poderosa que trasforma en amantísimos y devotos los corazones de los mas miserables; es un trono soberano desde cuyo asiento brotan mil y mil gracias; en una palabra, es la que nos comunica la vida eterna. ¡Oh *María!* ¡Oh qué nombre tan supremo! *María* es todas las cosas para nosotros, y aun es la misma vida. ¡Oh divina *María!* Dadme la vida de la gracia, conservadme siempre con este brillantísimo ropaje. ¡Oh *María!* Tú eres mi vida. *María!* por los trabajos que padeció Jesús; por los nueve meses que estuvo en tus entrañas; por el frío de la noche de su nacimiento; por cada uno de los pasos que diste en tu viaje á Egipto; por sus fatigas y sudores; por la sangre que derramó en su pasión, y por su muerte sagrada, te pido encarecidamente que en toda mi vida, y principalmente en la hora de mi muerte, tú seas mi vida, para que pueda cantar contigo tus infinitas misericordias por los siglos de los siglos. Amén.

29. *Porque nos alcanza de Dios la perseverancia final.*—El dón de la perseverancia final es una gracia tan extraordinaria, que Dios no la debe á nadie: que ninguno puede merecerla en fuerza de sus propios méritos; y es tan dón de Dios, que entre las cosas celestiales y divinas, él es la divinísima. Este dón á nadie lo niega el Señor, si se lo pide diariamente, debidamente y hasta la muerte: pero ni el mérito de todos los santos puede merecer á un solo hombre la gracia de la perseverancia final. Sin embargo, *María* como que es la Reina de todos los santos, puede lo que ellos no pueden, y de hecho nos alcanza la perseverancia final si somos sus devotos; y con solo esto nos da la vida de la gracia y la vida eterna en la patria celestial: tan cierto es que *María* es nuestra vida! Para perseverar hasta el fin en la práctica de la virtud, de los mandamientos de Dios, de la Iglesia y de las obligaciones

propias del estado que hemos abrazado, necesitamos de grandes esfuerzos, pero esfuerzos que están contenidos en la verdadera devoción á *María*; porque un verdadero devoto suyo se conforma en un todo con su voluntad, publica sus glorias, engrandece su nombre y le dá el culto que le es debido, superior al culto que damos á los santos, aunque inferior al que damos á Dios: y este su devoto es el que obtendrá la vida de la gracia en este mundo, y en el otro la vida eterna. Mas cuánta fortaleza no supone semejante devoción ya que tiene por resultado la vida eterna? En efecto: la perseverancia final supone un ir siempre adelante por el camino de la virtud sin retroceder jamas, y la devoción á *María* un trabajar sin descanso en imitarla. Mas todo esto se encuentra en *María*, porque ella es la que nos anima á emprender las mas descomunales batallas contra el mundo, demonio y carne: ella la que nos arma poderosamente para defendernos y vencer, ella la que nos encierra en su divino corazón, en donde, como en la torre de David, nos hallamos ceñidos de defensas, armas y escudos, y ella la que nos comunica su propia fortaleza. Todo lo encontraremos en *María*, porque ella es cual plátano que se alza cerca de la corriente de las aguas para servirnos de poderoso manto cuando los ardores de las pasiones intenten abrasarnos, y porque ella es la respiración de los cristianos, con lo cual se indica, que así como para la vida del cuerpo es del todo necesaria la respiración, así para la vida eterna, que es el resultado de la perseverancia final, es sumamente necesaria la devoción á *María*. Esta soberana Señora, con la multitud indecible de beneficios que nos dispensa, se torna en místico lazo con el cual nos ata para que nos apartemos de la culpa, para que con la gracia perseveremos hasta el fin, y para que lleguemos felices á la eterna gloria. Se

dice de *María* que puso el cimiento de su perfeccion en la plenitud misma de la santidad, y con esto es dado á ella el que los justos no vuelvan atrás, el que adelanten diario en el camino de la virtud, el que practiquen todos los días nuevos actos de caridad, y el que atados los demonios no los tientes mas allá de sus propias fuerzas. ¡Oh! ¡y cuándo podría yo acabar de referir lo que hace *María* para darnos la vida? ¡Oh si todos los hombres amasen á esta benignísima Señora! ¡Oh si en las tentaciones se acudiera con fiadamente á *María*! Pero como por desgracia en muchos no es así, por esto hay tantos padres descuidados en la educacion de sus hijos; por esto hay tantos hijos ingratos á los memorables beneficios que recibieron de sus padres; por esto hay tantas vírgenes que se exponen á empañar su lirio virginal, y por esto hay sacerdotes no santos, y todo desgraciadamente en número no pequeño. ¡Ah lector carísimo! ¡Por qué cuando nos asalta el mundo con sus máximas, el demonio con sus asechanzas y la carne con sus concupiscencias no imitamos á los polluelos, los cuales apenas ven las aves de rapiña cuando luego acuden presurosos á ocultarse bajo las alas de su madre? Sin duda alguna que así lo hemos de hacer, y así experimentaremos á cada paso que *María* es nuestra vida, porque nos da la vida del cuerpo, nos da la vida del alma, y nos da la felicísima vida de la eterna gloria. ¡Y qué! ¡podrás no ser un perfecto y cabal devoto de *María*? ¡Podrás no honrarla y trabajar con todas tus fuerzas para que sea del mayor número conocida? Ea, ama á *María*, y ámala con todo tu corazon y con todas tus fuerzas; ama á *María*, pero ámala afectuosa y prácticamente; ama á *María*, pero ámala como merece ser amada aquella privilegiadísima criatura que no solo es tu Reina y tu Madre, sino que es tambien tu vida, y vida del cuerpo y del

alma, y es tambien la vida eterna de la gloria. ¡Qué ama, pues, quien á *María* no ama? Lector carísimo, quienquiera que seas, examina tu vida, tus deberes, tu condicion y tu estado, y te verás con muy graves obligaciones que cumplir: ¡y cuántos peligros en el mar tempestuoso de esta vida? Mira por tí mismo, y si no quieres quedar sumergido debes acudir á *María* ya que ella es por excelencia la estrella del mar. Por tanto, en los peligros de pecar, en las fuertes tentaciones, en los funestísimos recuerdos y en el alboroto de toda passion, llama á *María*, acude á *María*, y sea *María* el objeto de toda tu confianza, ya que ella es tu vida de la naturaleza y de la gracia.

30. *Devocion á María como vida.*—En una ciudad, que con razon podria apellidarse de *María*, vivian dos jóvenes tan agraciados en prendas naturales, como perdidos por un amor no santo. Vana cosa seria el explicar que vivian malentretenidos: solamente notaremos que era con una passion tan exaltada, que cada uno para el otro era como su vida; y el nombre con que se reconocian era apellidarse mutuamente vida mia. Mas aconteció que sin saberlo uno del otro, asistieron á una funcion solemnísimamente celebrada en honor de la Inmaculada Concepcion, en la cual el predicador, despues de haber presentado tan gran misterio con los mas bellos hechizos, cargó poderosamente contra la mancha de la impureza, y ambos corazones se separaron en aquel mismo instante, se consagraron á *María* y la tomaron por su verdadera vida. Ambos se convirtieron perfectamente, ambos se confesaron y comulgaron, ambos siguieron una vida devota, y por fin se juntaron en el santo matrimonio. Como se habian casado no por fines innobles, sino con el fin nobilísimo de agradar á Dios y de ayudarse mutuamente, *María* Santísima les concedió unos hijos á la verdad santos, y todos juntos for-

maban una casa que era toda dedicada á *María*. Todos los días se consagraban á tan soberana Señora; y si el marido confesaba que estaba muerto y que la vida del cuerpo y del alma la debía á *María*, lo mismo afirmaba la esposa; y ambos á dos rezaban por la mañana las oraciones del cristiano, hacían un rato de oración mental, casi diariamente oían misa y rezaban á *María* el santísimo rosario. En las vigili- as de las principales festividades se confesaban, ayunaban, hacían algunas limosnas y comulgaban en el día de la fiesta. ¡Dichosos los casados que á imitación de este matrimonio están del todo consagrados á *María*, porque sin duda alguna hallarán en ella que es su vida!



CAPITULO VI.

DULZURA.

31. *María es nuestra dulzura.*—Te confieso, lector carísimo, que no puede explicarse la confianza con que acuden á *María* sus fidelísimos devotos. Y no puede ser de otro modo, ¿porque cómo no han de tenerla completísima á esta Madre de piedad? ¿Cómo no se la han de profesar toda entera á esta Virgen sacrosanta? Ellos saben que está llena en su favor no solo de misericordia, sí que también de una liberalidad inmedible: ellos saben que es tal su compasión que no puede dejar de protegerlos, y que ni todos los demonios son capaces de causar mal alguno á la venturosa alma que es toda de *María*. A vista de esto, digámosle una y mil veces:

salve, salve, *María*; salve, soberana Reina; salve, queridísima *Madre y Madre de misericordia*; salve, vida del cuerpo y vida del alma, vida de la carne y vida del espíritu, vida del tiempo y vida de la eternidad. ¡Oh qué consuelo! ¡Qué felicidad tan dichosa! Pero esta crece y se multiplica extraordinariamente al considerar que *María* es también nuestra dulzura; y como si dijera, *María* de tal suerte es mi Reina y Madre, mi misericordia y mi vida, que ella sola me llena de un consuelo tan inexplicable, que forma realmente toda mi dulzura. Sí: *María* es para sus devotos toda dulzura; porque á la manera que la gloria del Hijo es la gloria de la Madre, así la dulzura de la Madre es la dulzura misma del Hijo; y así como Jesucristo es esencialmente dulcísimo, así *María* es por gracia y privilegio la misma dulzura. *María* es la misma dulzura en su alma y en su cuerpo, de manera que cada uno de los oficios que nos dispensa se torna por otra parte en raudales de suavísima dulzura; y por tanto, *dulzura* es la más insignificante de sus tiernísimas miradas, y el más pequeño ademán de que oye nuestras súplicas: *dulzura* es la vena que nos hace de que no nos olvida, y las palabras suavísimas que brotan de sus labios: *dulzura* es el último de sus pasos emprendidos para nuestra defensa y el acto de su voluntad con que nos defiende: en una palabra, en *María* todo es dulzura en nuestro favor, y lo son también todos los afectos de su corazón bondadoso, y aun lo es y á torrentes el solo nombre de *María*. Por esto tantos devotos suyos repetían siempre *María* y alababan y glorificaban y ensalzaban el santo, santo, santo nombre de *María*. No muy lejos del lugar en donde esto se escribió, vivía una de aquellas almas felices que afortunadamente pueden apellidarse con toda extensión verdaderas hijas de *María*. Era una niña que apenas contaba quince años y ya por ventura

suya experimentaba que la Santísima Virgen es tan suave que puede denominarse *la misma dulzura*. Durante sus mas tiernos años se descubrió en ella que repetía con mucha frecuencia *María*, que al hablarle de una imagen cualquiera, ella con un candor y con un fervor indecibles añadía: sí, de *María*. Ella celebraba las fiestas de esta soberana Reina con el mayor esplendor que le era dable, y cubría de besos la hermosa imagen de la Inmaculada Virgen María, que colgada de una cinta pendía de su cuello. Su devoción hacia *María*, al paso que era muy tierna, era en gran manera sensible, y era además extremadamente sólida, porque habiendo sido probada por medio de un fuerte dolor que experimentó por mucho tiempo en sus ojos, y que por fin le hizo perder del todo la vista hasta quedarse completamente ciega, sin embargo sus labios apenas se desplegaron para la queja: se dió á Jesus y á María con nuevo fervor, y acabó dando gracias á su tierna Madre por haberle quitado la facultad de la vista. Ya se deja ver que en este estado hizo muy rápidos progresos en la virtud, y que llena de merecimientos fué á disfrutar con *María* los inmensos efectos de su divina dulzura.

32. *Asistiéndonos en la hora de la muerte.*—Yo te llamo la atención, lector carísimo, en lo que voy á decirte, para que comprendas bien cómo *María* es nuestra dulzura, asistiéndonos en la hora de la muerte. No solo suaviza la aspereza de este amargo trago, no solo quita las circunstancias que podrían llenarnos de tristeza, no solo ahuyenta nuestros terribles enemigos con la menor de sus miradas, sino que aun nos da á gustar suavísima dulzura, derramando en nuestro corazón el místico almíbar de su amor. ¡Oh devotos de *María*! ¡y cuán felice sois! Porque *María*, la dulce *María* os asistirá en la hora de vuestra muerte. Los amigos se-

gun el mundo, lo son mientras el amigo tiene su asiento entre los brazos de la fortuna; mas cuando ocupa su lugar la terrible desgracia, luego lo abandonan á sus propias miserias; y á la manera que el santo Job quedó desamparado de todos, así quedan ordinariamente los que confían en el mundo. Mas no acontece esto con los fidelísimos devotos de *María*, porque ellos tienen en su Señora su verdadera amiga; y si los asiste en todos los peligros, lo hace de un modo todo especial en la mayor de las necesidades que es en la hora de la muerte. En este momento tan decisivo los asiste con tanto empeño, que no sabe dejarlos ni por un momento, y hace que se verifique en los moribundos que le han sido devotos, el que les sea *toda dulzura*; y al modo que es vida nuestra durante el tiempo de nuestro destierro, así se torna *toda dulzura* en la hora de la muerte. Nadie debe extrañar que *María* asista á sus devotos, porque este oficio le pertenece de un modo especial, ya por la piedad que caracteriza su bondadoso corazón, que le hace sentir como propias las necesidades ajenas, ya porque adquirió la gracia de asistir á los predestinados desde que tuvo la dicha y el dolor de asistir á la muerte de Jesus. La creencia de la Iglesia sobre este punto, es que *María* lo hace verdaderamente, y por esto ha querido que se lo recordáramos sin cesar al decirle que *ruegue por nosotros pecadores en la hora de nuestra muerte*. ¡Oh devotos de *María*! ¡y cuán dichosos sois! ¡Qué beneficio tan consolador! En la muerte, en el momento terrible de la muerte, *María*, la tiernísima Madre mia será de tal suerte mi compañera inseparable, que se tornará *toda dulzura*. Para que te convezas mejor que *María* es *toda dulzura* para sus devotos en la hora de su muerte, has de saber que todo cuanto ella es, todo lo emplea en favor de los moribundos; y si el diablo los ataca con toda la violencia

de que es capaz, claro está que *María* los defiende con toda su proteccion. Así es que podemos asegurar, que en la hora de la muerte si hemos sido devotos de *María*, ella nos defenderá de modo que sea *nuestra dulzura*. Ea, pues, lector carísimo, si en aquel momento se encuentra tu corazón como en mar tempestuoso, mira á la divina luz de *María*: si el conjunto de grandes tribulaciones te ataca, defiéndete con *María*: si las olas de la soberbia, ambicion y detraction te embisten para sumergirte hasta el abismo, llama á *María*: si la memoria de pasados crímenes te conturba, nombra á *María*: si la fealdad de una conciencia horriblemente manchada te entristece, repite *María*; y si el temor del terrible juicio, y los brazos horrorosos de la desesperacion te aprisionan y te atan, clama, clama á *María*. Tomemos la resolucion de ser todos de *María*, de saludarla diariamente con la Salve, y aun de repetirla tres veces al dia, para que tengamos una buena y santa muerte.

33. *Defendiéndonos de los enemigos*.—Verdaderamente es una cosa imposible el querer explicar las angustias de los moribundos, porque ellas parten de los crueles remordimientos de los pecados pasados, del horror que inspira el tener que presentarse delante de Dios, y de la incertidumbre amarguísima que brota de la sentencia que ha de pronunciarse; pero angustias que son mas mortales aún, por las tentaciones del diablo. En efecto: en esta hora trabaja el maligno con tanta mayor fuerza, cuanto se le acaba el tiempo y se multiplican los tentadores, de suerte, que podemos decir sin exageracion, que llenan el aposento. ¡Qué será de nosotros en aquella hora! Felices si hemos sido devotos de *María*, porque ella será para nuestras almas *la mayor dulzura*. De San Andrés Avelino se cuenta que en la hora de su muerte, fueron á tentarle

diez mil demonios, y con todos ellos tuvo que sufrir la mas terrible pelea. Figúrate lo que pasaria en su espíritu, por lo que se veía en lo exterior: porque dice su vida, que se puso á temblar en todos sus miembros; que su agitacion era extrema; que de sus ojos manaba un rio de amarguísimas lágrimas; que su cabeza daba violentos golpes en todas direcciones, y que su rostro quedó completamente negro.

¡Qué te parece, lector carísimo! Con todo: era un santo el que así moría. Mas él como fiel devoto de la Santísima Virgen no dejó de clamarla ni un momento; y *María*, despues de haberlo asistido con su gracia, se le apareció del modo mas consolador, y espirando apaciblemente entregó su bendita alma en sus manos sacrosantas. ¡Quién no será devoto de *María*? ¡Oh cuánto nos conviene asegurar aquella hora! Solo una vez hemos de morir, y solo muriendo bien seremos eternamente felices. Mas si por nuestra fortuna tenemos á *María* de nuestra parte, ya nada hemos de temer; ya todo tenemos que esperar, y hemos de estar bien persuadidos que en la hora de la muerte todo nos irá bien. Tomemos la práctica santa de rezar diariamente tres Salves, pidiéndole á *María* una buena y santa muerte.

Si contemplamos al santo rey David temeroso de la muerte, lo veremos poniendo su confianza no en las gracias que habia recibido, ni en las obras fidelísimas y costosísimas que habia ejecutado, ni en ser uno de los ascendientes mas gloriosos del Mesías, sino poniéndola en las futuras súplicas que esta buena Madre habia de hacer en su favor. *No, clama, no temo las angustias de esta hora, porque la vara y el báculo de María formarán todo mi consuelo*; porque sin duda alguna ella es la poderosa vara con la que quedan neutralizadas las violencias todas del infierno. Siendo esto así, si *María* está en favor de una alma, ¡quién po-

drá cosa alguna contra ella? Te aseguro, lector carísimo, que si eres verdadero devoto de *María*, tendrás una buena y santa muerte; y aunque te asaltare todo el ejército de demonios, se verá obligado á confesar que nada puede contra tí, porque eres el defendido por la inmaculada y divina *María*. ¡Feliz devocion que te hará llegar á esa hora de modo que vivas y mueras bien! ¡Oh felices trabajos los sufridos por *María*! ¡Oh bien pagadas mortificaciones las emprendidas por *María*! ¡Feliz devocion, que lleno de consuelo te hará decir á la siempre dulce Virgen *María*: *Gracias te sean dadas, oh amantísima Madre mía, porque habeis venido á ayudarme en la hora de mi muerte, y me habeis labrado una eterna felicidad*. No te descuides en rezar todos los días antes de acostarte tres veces la *Salve*, pidiendo á la inmaculada y divina *María* una buena y santa muerte.

34. *Y en el mismo tribunal de Dios*.—A la manera que Satanás envía á los mas terribles demonios en el tribunal de Dios, para perder á todos los que son juzgados, así *María* envía el torrente de todas sus gracias para defender á cuantos la han invocado: y los defiende con tan buen acierto, que jamas condenará el Divino Juez á una alma patrocinada por su Madre. No quiero decir con esto que despues de la muerte haya mérito ó demérito, ni tampoco que *María* pueda salvar á una alma que muere en pecado, porque esto ni Dios mismo lo puede hacer; porque si esencialmente es bondadoso, esencialmente es tambien justísimo. De lo cual resulta, que lo que se dice de algunos casos en los cuales se afirma que *María* Santísima salvó con su intercesion á algunos que habian muerto en pecado, debe entenderse de modo que ó la muerte no fué verdadera sino aparente, ó que si hubo verdadera muerte no fué la final, sino tan solo pasajera co-

mo aconteció con Lázaro. Lo que hace la Santísima Virgen es, que antes de morir los convierte completamente, y se presentan delante de Dios aborreciendo el pecado y amando la virtud; y por tanto, de modo que pueden ser justificados. Cuando la muerte es aparente, por medio de alguna vision ó locucion los llena de grandes temores, y este temor santo es el principio de toda santidad y de su salvacion verdadera.

Cuéntase en la vida de Santa Brígida, que su hijo *Cárlos* vivía tan olvidado de Dios, que no hacia mas que ofenderlo con los mas espantosos crímenes de una vida licenciosa. Habiendo caído gravemente enfermo y muerto sin confesion, la Santísima Virgen lo presentó al Juez Supremo, y abogó tan bien por él que lo salvó. Este hecho no quiere decir que *María* salvase al que murió con la muerte final y estando en pecado, porque esto, repetimos, ni Dios puede hacerlo; pero sí afirmamos que *María* lo salvó, sugiriéndole en sus últimos momentos actos vivísimos de fé, de verdadera esperanza y de muy ardiente caridad, é hizo que creciera tanto en el amor de Dios, que detestando absolutamente todo pecado, al fin se salvó.

Solo bajo estos dos puntos de vista se comprende lo que quieren decir los devotos de *María*, cuando afirman que los defenderá en el mismo tribunal de Dios. ¡Quién no será devoto de *María*! ¡Oh bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados: bienaventurados los devotos de *María* que lloran todas sus infidelidades, porque ellos serán consolados con la posesion de la gloria! ¡Oh qué bueno es ser devoto de *María*! ¡Qué bueno ver en *María* la mas tierna Madre! ¡Y qué bueno vivir de modo que un muestre que es su hijo! Es cierto que *María* asiste de un modo especial á las almas inocentes, y así vemos que *Teresa* de *Jesus*, *Pedro* de *Alcántara*, *Juan* de *Dios* y *Luis* *Gon-*

zaga, tuvieron una muerte dulcísima en los brazos de *María* su Madre; pero tambien lo es que ha concedido semejantes gracias á grandes pecadores, y así vemos á San Agustín, á *María Egipciaca* y á muchos otros que murieron santamente por intercesion de la Santísima Vírgen, no obstante sus antiguos pecados. ¡Qué gracia no podrás esperar de *María*, lector carísimo! Mira, ella es toda dulzura, así como es toda esperanza, toda misericordia y toda bondad. Es toda dulzura, y si lloras desde ahora todas tus infidelidades, hará que en la hora de tu muerte, mueras justa y santamente delante del Señor. Repite á este fin tres veces al dia: ¡*Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos!*

— — —

CAPITULO VII.

ESPERANZA NUESTRA. DIOS TE SALVE.

35. *María es nuestra esperanza.*—Antes de explicarte, lector carísimo, los efectos de *María* hácia nosotros considerada como esperanza nuestra, es conveniente que expliquemos bien lo que predica la Iglesia de la Santísima Vírgen al apellidarla nuestra esperanza. Hay dos especies de esperanza: la una termina en la misma persona en que se espera, y bajo este punto de vista, solo Jesucristo es la esperanza nuestra: la otra es la que no termina en la persona en la cual se espera, sino como un medio para alcanzar lo que deseamos: de un modo semejante al que espera de un ministro que

le alcanzará de su rey la gracia que le pide. Bajo este punto de vista, y no mas, es *María* la esperanza de los cristianos; y este es el sentido de la Iglesia cuando pone en boca de los fieles, dirigiendo á *María* el *Esperanza nuestra, Dios te salve*. Y no puede ser de otro modo, porque *María* solo es criatura, aunque sea la mas privilegiada y aunque pueda lo que Dios puede; pero solo lo puede por gracia y privilegio. Y así como la luna por bella, por excelente y por grandiosa que aparezca no es por luz propia, sino por la luz que recibe del sol, así *María*, por mas que se la considere llena de gracia, teniendo consigo el Señor y bendita entre todas las mujeres, no es por mérito propio, sino por la gracia que le ha sido comunicada por el divino Sol de Justicia. ¡Oh qué grande es *María* así considerada! Es la única criatura: es la sola entre los descendientes de Adán: es nuestra verdadera esperanza. ¡Oh *María!* Dios te salve, *esperanza nuestra*, llena de gracia. Dios te salve, derrámala en favor de todos tus devotos con la profusion que conviene á tu dignidad, y alcanza de tal suerte el perdon á los culpados, la salud á los enfermos, la fortaleza á los pusilánimes, el consuelo á los afligidos, el socorro á los necesitados, y á todos tales aumentos de gracia, que muestres prácticamente que tú eres nuestra esperanza. A la manera que Jesucristo fué el Salvador de los ángeles en fuerza de la gracia preveniente que les aseguró en la posesion de la gloria, así *María* bajo este punto de vista fué tambien su esperanza; y lo fué de Adán en toda su vida de 930 años; y lo fué de Seth en toda su vida de 912 años; y lo fué de Enós en su vida de 905 años; y lo fué de Matusalem en su vida de 969 años, y lo fué de todos los Patriarcas y Profetas, y de todos los que es salvaron en el Antiguo Testamento; porque así como nadie ha podido salvarse sino mediante la fé en el futuro Reden-

tor, así nadie pudo salvarse sin tener su esperanza en *María*; esperanza necesaria que le señaló el mismo Dios al decir á la serpiente: *La mujer, es decir María, quebrantará tu cabeza.* ¡Oh *María*, tú eres mi única esperanza! ¡Tú me convidas con la alegría, al paso que Eva me sumió en el llanto; tú me llevaste en tu vientre virginal con un gozo indecible, así como Eva me sumergió en las lágrimas; tú me conferiste la inocencia, á la manera que Eva me legó el pecado; tú, en fin, dándome á Jesus me diste la esperanza, al paso que Eva me llenó de los males todos que encierra el pecado original. ¡Oh *María concebida sin pecado, tú que has sido nuestra verdadera esperanza y lo eres todavía, rogad por nosotros que recurrimos á vos.*

36. *Lo es de todos los cristianos.*—¡Qué consuelo para los cristianos! ¡*María* es nuestra esperanza! Y lo es tanto, que todos los que esperan en ella no serán confundidos, porque en este mundo recibirán de Dios mil y mil beneficios, y en la otra la gloria eterna. Llámosla nuestra esperanza, persuadidos que es el todo de nuestras cosas; apellidémosla esperanza nuestra, ya que nos hace confiar en Dios y temer por nuestros pecados. ¡Qué hermosa es *María*, lector carísimo! Mírala. . . ¡ah! es la única, es la sola verdadera Madre de la santa esperanza. Dios te salve, esperanza de mi alma, salud cierta de los cristianos, ayuda de todos los fieles y bálsamo universal de todo el mundo, Dios te salve. *María* necesariamente ha de ser la esperanza de todos los cristianos, porque nadie puede salvarse sino por medio de su intercesion. Dios te salve, esperanza nuestra, ya que eres nuestro único refugio y nuestro socorro y amparo.

Contempla, lector carísimo, la determinacion que Dios tomó para que *María Santísima* fuese nuestra única esperanza: redimió el mundo es verdad; pero el

precio todo de la redencion lo puso en las manos de *María*, á fin de que ella y solo ella fuese despues de Jesus el objeto de nuestra esperanza; lo cual nos hace concluir que lo es de tal suerte, que no hay bien, ni auxilio, ni gracia que no venga por el conducto de *María*. ¡Oh *María!* ¡y cuán necesario nos es el que siempre pensemos en tí! ¡Cuán indispensable el que tú seas toda nuestra esperanza! ¡Y cuán amable y agradecida eres para aquellos que en tí confían! ¡Oh *María!* tú eres mi única esperanza, y por esto en mis dudas me iluminarás y en todos mis peligros serás mi socorro. ¡Ah! Dios te salve, *María*, esperanza nuestra, Dios te salve: tú eres la fuente de todos los bienes, tú el consuelo en toda afliccion, tú mi segura guia en los caminos de mi vida, tú mi fortaleza en los combates, tú la riqueza en mi extrema miseria, tú mi libertad en el cautiverio de la culpa, tú el alivio en mis dolores, y tú en suma, toda mi esperanza para alcanzar la felicidad en esta vida y en la patria celestial. ¡Cómo! ¡*María* podria ni por un momento dejar de ser toda nuestra esperanza! Ciertamente que no: porque solo apellidar á la Virgen Madre *María*, es como si la denomináramos la Señora de ambos mundos, y Señora de la naturaleza y de la gracia. Decir *María*, es llamarla estrella misteriosa del borrascoso mar de este mundo: y tan divinamente se le adapta, que así como la estrella nos envia la luz sin menoscabo de su claridad, así esta escogida entre las vírgenes nos parió á la luz verdadera, quedando al mismo tiempo la integérrima. Lllamarla *María*, es presentárnosla como la misteriosa estrella de Jacob, cuyos rayos iluminan al universo mundo, cuyo esplendor es la luz del cielo, y penetra los infernos, y recorre todas las naciones, y eleva los entendimientos, y fomenta las virtudes, y acaba con los vicios, y se nos presenta como ejemplo perfectísimo que

nos dice que para ser santos solo hemos de hacer lo que ella hizo: tan hermosa, tan excelente, tan privilegiada es *María*. ¡Y podría, ni por un momento, dejar de ser toda nuestra esperanza?

De la sabiduría decía Salomon que juntamente con ella le habian venido todos los bienes; y tratándose de *María* puedo yo afirmar que no solo nos han venido todos los bienes de la tierra, sí que tambien tenemos en ella misma la esperanza de los bienes de la gloria. ¡Ah si pudiéramos prácticamente en *María* toda nuestra esperanza, ciertamente que no quedaríamos confundidos! Porque, ¿cuántos pecadores no han encontrado por su mediacion la gracia? ¿Cuántos herejes la fé verdadera? ¿Cuántos malvados el dolor de sus extravíos? ¿Cuántos soberbiamente orgullosos, la humildad mas profunda? ¿Cuántos iracundos, la mansedumbre mas bella? ¿Cuántos tibios, el debido fervor? ¿Y cuántos fervorosos una santidad mas perfecta? ¿Somos pecadores, lector carísimo? Pues ahí tenemos á *María*. Dios nos ha redimido, pero el fruto de la redencion no nos lo aplica sino por medio de *María*. Quiere que acudamos á ella; quiere que la veamos como el digno objeto de nuestra esperanza; quiere que la veneremos como á su Madre, y lo quiere de tal modo, que á la manera que nada nos concederá separados de *María*, así no nos negará cosa alguna que se la pidamos por su intercesion. ¿Quién, pues, no pondrá toda su esperanza en *María*?

37. *Y principalmente de los grandes pecadores.*— Las conversiones que se han obrado por la intercesion de *María*, son verdaderamente innumerables, no sólo porque no hay pecador que no haya recibido las gracias de *María*, sí que tambien porque pone sus glorias en convertir á los mas endurecidos; lo cual nos hace afirmar que aun los mas obstinados cuando se convier-

ten, es por un efecto de la esperanza que tenían en *María*. La Iglesia, para enseñarnos esta verdad y hacer que la profesen todos los cristianos, exhorta á todos á que la apelliden *el refugio de los pecadores*. ¡Qué hermoso título y qué consolador! *¡María el refugio de los pecadores!* como si dijera: así como en las naciones antiguas habia ciertas ciudades de refugio establecidas en favor de los criminales, de modo que los que se acogian á ellas no podian ser castigados; así *María*, es la señalada ciudad de refugio de todos los cristianos que culpables han quebrantado la ley de Dios; pero de tal suerte, que los que en ella entraren no solo alcanzarán el perdon de sus pecados, sí que tambien quedarán enriquecidos con los inmensos tesoros de la gracia. ¡Oh *María*! Dios te salve, esperanza nuestra, refugio de los pecadores, asilo de los mas criminales, y Madre verdadera de aquellos que arrepentidos han puesto en tí toda su esperanza. ¡Ay de mí! Madre mia, he pecado: perdido hé la inocencia. ¡Qué desgracia la mia! ¡mi infelicidad es la mayor infelicidad! Mas ¡oh corazon bondadoso el de Dios! Me ha dado á *María*, y juntamente con ella mi esperanza. ¡Oh *María*, ya que soy el mas miserable, el mayor pecador y el mas ingrato, yo pongo en vos toda mi confianza, y sé de cierto que no quedaré confundido.

Refiere la Santa Escritura que cuando Rebeca quiso que los derechos de la primogenitura de Esaú pasasen á su querido Jacob, le mandó que le trajese dos cabritillos, y se los aderezó con tales guisos que fueron completamente del gusto de Isaac. Ahora bien: á la manera que Rebeca es figura de *María* é Isaac de Jesucristo, así los cabritillos lo son de los pecadores: y la divina Rebeca dice á los ángeles, representados por Jacob: *Traedme pecadores, y yo los guisaré con tales condimentos que excederán en sabor á los mismos*

justos, y serán del todo agradables á mi Hijo santísimo: tan cierto es que mas de cuatro pecadores llegan á una santidad muy admirable. Otra razon para probar que *María* es la verdadera esperanza aun de los mas criminales pecadores, es considerarla como la mística arca de la nueva alianza. Porque así como en el diluvio entraron en el arca que fabricara Noé toda especie de animales, así en el corazon de *María*, arca divina fabricada por Jesucristo, tienen entrada libre los mayores pecadores: con la notable diferencia, que en aquella salieron como entraron; al paso que en ésta, los que eran tigres por su vida culpable, salen por la justificacion con la hermosura de blancas palomas. ¿Qué ama, pues, quien á *María* no ama? ¿Qué espera quien en *María* no espera? Ten por cierto, lector carísimo, que no hay pecador, por grande que sea, por sórdido que sea, por abominable que sea; no hay pecador, digo, que poniendo en ella su confianza, no lo saque del abismo de sus miserias; Convengo que los ángeles operan grandes conversiones, y que las hacen tambien los hombres apostólicos, los esfuerzos de la Iglesia, las oraciones de los santos, el fervor de los sacerdotes, la inocencia de las vírgenes, la mortificacion de los confesores, y la piedad de los monarcas; pero debes confesarme tambien que todo esto es efecto de la proteccion de *María*, y que las mayores conversiones se las reserva para sí, atestiguando de este modo á la faz del universo, que ella es toda nuestra esperanza. Por esto se le apellida la esperanza de los pecadores, de los mas delincuentes y de los mismos desesperados: por esto se la llama refugio de los culpados, y puerto seguro de los náufragos. ¡Oh serenísima Madre mia! ¡Oh soberana y divina Señora! ¿Quién no esperará en vos? ¡Oh *María*! Salve, salve, esperanza nuestra: y de un modo todo especial, esperanza mia, Dios te salve.

CAPITULO VIII.

A TI CLAMAMOS LOS DESTERRADOS HIJOS DE EVA.

38. *Explicacion de la Salve.*—Los siete capítulos que anteceden, lector carísimo, los hemos empleado en exponer un poco lo que es *María* relativamente á nosotros, y la hemos visto nuestra Reina y nuestra Madre, nuestra vida, nuestra dulzura y toda nuestra esperanza. ¡Oh feliz el cristiano que así la conoce! porque no podrá menos que adorar á esta Santísima Virgen *María*; y de un modo especial su corazon sacrosanto, que fué la delicia del Eterno Padre, el descanso del divino Hijo, y el tabernáculo del Espiritu Santo. Sí, adoremos este corazon humildísimo tres veces immaculado, y deificado en cuánto es dable, con cien torrentes del mas puro amor; pues á esta soberana Señora es á quien *clamamos los desterrados hijos de Eva*. ¡Ah! qué diferencia entre *María* y nosotros, entre corazon y corazon, entre pensamientos y pensamientos, entre deseos y deseos, y entre acciones y acciones! *María* es todo lo bueno: nosotros todo lo malo: su corazon todo amor de Dios: el nuestro todo amor propio: sus pensamientos todos puros, santos é immaculados: los nuestros rastreando por este suelo de pecado: sus deseos son el cielo y la salvacion de las almas: los nuestros se alimentan en la tierra y en la propia perdición: en suma, las acciones de *María* son las mas semejantes á las de Jesucristo, al paso que las nuestras son terrenas y